

EL MUNDO FUNERARIO EN LAS EPOCAS PREHISTORICAS

Angel Armendariz

Cuadernos de Sección. Ciencias Médicas 3. (1994) p. 161-167
ISSN: 1133-5661
Donostia: Eusko Ikaskuntza

Se traza un sucinto panorama acerca de la evolución de los diferentes sistemas de enterramiento usados en el País Vasco a lo largo de la Prehistoria, con algunos comentarios sobre su posible significado.

Euskal Herrian Aurrehistorian zehar ezagutu diren ehorzketa moten bilakaerari buruz gainbegirada bat ematen da, horien esanahiaren iruzkinak eginik.

A brief view over the evolution of different burial methods used in the Basque Country through history is made, along with some commentaries on its possible significance.

Ignoramos exactamente en qué momento comenzó el hombre a preocuparse por sus muertos y a enterrarlos. En todo caso, la conciencia de la muerte como fenómeno inevitable, irreversible y misterioso debe ser tan antigua como la propia conciencia humana. A lo largo de las edades, los pueblos han ido elaborando creencias y prácticas funerarias muy diversas y progresivamente más complejas, en relación con sus peculiares estructuras sociales y mentales.

Estos cambios o diferentes actitudes ante la muerte se han ido produciendo de modo muy lento, puesto que afectan a lo más íntimo de los esquemas psicológicos del hombre. Sin embargo, la Prehistoria abarca un período de tiempo tan amplio que permite la posibilidad de observar una sucesión de importantes transformaciones en el comportamiento social ante los muertos.

Remontémonos a hace unos 500.000 años, cuando el hombre descubre el fuego, empieza a usar un lenguaje articulado y comienza a fabricar herramientas de piedra diversificadas y hasta cierto punto especializadas.

De aquellas remotas épocas, en que el hombre empieza a ser verdaderamente “hombre” en el auténtico sentido de la palabra, se conservan diversos restos fósiles, desparramados por todo el mundo, desde el Extremo Oriente hasta Europa Occidental. Sin embargo, tal como ocurre con los restos de sus antepasados, los homínidos de África Oriental o Meridional —digamos de hace uno o dos millones de años— nada sugiere que sus esqueletos fueran depositados cuidadosamente en el lugar donde ahora los hemos encontrado.

Es verdad que en algunos casos se registran acumulaciones de individuos dentro de ciertas cavernas cuya presencia allí es difícil de explicar por el simple azar, pero ello no basta para hablar de verdaderos enterramientos.

Los primeros de éstos, certificados con seguridad, se detectan ya en el Musteriense, durante el período que llamamos Paleolítico Medio, en ciertos yacimientos arqueológicos de Oriente Medio y de Europa, y corresponden al llamado hombre de Neandertal. Tienen una antigüedad que puede estimarse entre 80.000 y 40.000 años. En Europa se conocen 21 de estas sepulturas —alguna dudosa—, tanto en cuevas como en lugares al aire libre.

Estas inhumaciones aumentan en número durante el Paleolítico Superior, aproximadamente entre los años 32.000 y 9.000 a.C. Este período corresponde a las culturas del hombre de Cromañón, en todo semejante al actual, autor, entre otras cosas, del magnífico arte de las cavernas. En cualquier caso, las sepulturas encontradas, la mayoría en cuevas —unas 50 en toda Europa— suponen un número muy bajo en relación a toda la población existente en esos momentos y a lo largo de 25.000 años. Esto permite suponer que el sistema de enterramiento más común era otro, seguramente al aire libre, que apenas ha dejado rastros.

Hacia el año 7.000 a.C. se inicia en determinadas regiones del Próximo Oriente un nuevo período en la historia de la Humanidad, que transforma sustancialmente los modos de vida y, en consecuencia, las estructuras sociales y religiosas. Se trata del Neolítico, que supone la invención de la agricultura y la ganadería. Con ello, el hombre pasa a ser un mero depredador de los recursos naturales (caza, recolección) a convertirse en productor de alimentos.

Las mejoras económicas se propagan a través del continente europeo y del Mediterráneo y derivan lógicamente en un incremento demográfico. A este período corresponden las primeras aldeas importantes y también los primeros grandes cementerios. Suelen ser conjuntos de fosas de inhumación individual, donde los esqueletos se disponen flexionados ritualmente, que se sitúan al exterior de los poblados.

En el País Vasco, donde la neolitización es tardía y poco característica, existen algunos enterramientos de este tipo que se practican en cuevas. Se fechan en torno al 3.300 a.C.

A finales de este período Neolítico hace su aparición en el escenario europeo un nuevo ritual funerario que logra una sorprendente aceptación, rápida y generalizada, fundamentalmente entre las diferentes culturas asentadas en las fachadas atlántica y mediterránea del continente. Se trata del rito de inhumación colectiva de los cadáveres. Estuvo en boga durante las últimas etapas del Neolítico, la Edad del Cobre y buena parte de la Edad del Bronce, es decir, al menos durante 2.000 años.

La adopción de este rito de inhumaciones colectivas implica una transformación esencial en la mentalidad y los hábitos funerarios anteriores donde predominaba el hábito de la inhumación individual. Es un fenómeno que no volverá a repetirse en la historia europea.

Es cierto que en determinados siglos, sobre todo medievales, se generalizaron las grandes fosas comunes en los cementerios, pero ello respondía a la necesidad de sepultar a la gran masa de la población, sin recursos suficientes para costearse tumbas individuales. En la Prehistoria, sin embargo, esta práctica no responde a necesidades de tipo económico. Por el contrario, este tipo de sepultura formaba parte de unas prácticas funerarias deliberadamente asumidas por la comunidad como las más idóneas.

Estas sepulturas colectivas se depositan en dos tipos de espacios funerarios distintos: los dólmenes y las cuevas. En ambos lugares, sin embargo, se sigue un mismo patrón ritual. Los cadáveres de hombres y mujeres de todas las edades se van acumulando allí a lo largo del tiempo, a menudo durante siglos, a veces hasta alcanzar números elevados (100 o más individuos), acompañados de un ajuar funerario compuesto por todo tipo de objetos (cerámicas, útiles de piedra y metal, adornos...) que sugiere creencias en un Más Allá.

En el País Vasco existen abundantes ejemplos de este tipo de sepulturas. Así, se conocen unos 900 dólmenes y túmulos contemporáneos y unas 250 cuevas sepulcrales de origen natural. La acumulación de esqueletos, los enterramientos sucesivos y el transcurso del tiempo han revuelto y fragmentado los restos óseos, por lo que generalmente es muy difícil conocer el modo en que fueron sepultados los individuos. Se aprecia, no obstante, que los cadáveres se disponían a veces en posiciones flexionadas y otras veces extendidos.

A mediados de la Edad del Bronce, hacia el año 1.500 a.C. se registra un retorno a las inhumaciones individuales. Las necrópolis de algunos importantes poblados de esta época,

como los existentes en el Sudeste peninsular, muestran esqueletos situados separadamente en el interior de cistas de piedra o grandes vasijas de cerámica.

Esta situación dura hasta los alrededores del año 1.000 a.C. Poco antes de esa fecha comienzan a penetrar en la Península Ibérica, a través de los pasos pirenaicos, nuevas poblaciones en progresión desde Centroeuropa, que marcan el inicio de la llamada Edad del Hierro. Se trata de pueblos indoeuropeos o célticos, que, entre el conjunto de su cultura, aportan a nuestro territorio un ritual funerario radicalmente distinto a la inhumación de los cadáveres: la incineración.

Este rito, conocido ya en determinadas poblaciones asiáticas desde el III milenio a.C., se practicaba también en regiones del mundo mediterráneo con anterioridad al I milenio a.C., pero es ahora cuando se generaliza por toda Europa. Como es natural, la incineración de los cadáveres implica un trasfondo mental peculiar y diferente al que sugiere la inhumación. Ahora no se trata de devolver el cuerpo a la Tierra, ente fundamental en la mitología y las creencias de las sociedades agrícolas neolíticas, sino que, coincidiendo con el auge de las religiones celestes indoeuropeas, parece que el nuevo rito se plantea como una vuelta del alma a las alturas, envuelta en el humo que se elevaba de las cenizas del cuerpo mortal.

En el País Vasco, el ritual de la incineración se plasma fundamentalmente en dos formas distintas de enterramiento, relacionadas con dos tipos también diferentes de ambiente físico y de sociedad: las necrópolis correspondientes a los poblados o castros y los pequeños monumentos circulares de piedra ("cromlechs") propios del área montañosa pirenaica.

Las cenizas de los cadáveres se depositan generalmente en el interior de cistas o urnas cinerarias de cerámica, acompañadas de unos ajuares funerarios donde destacan las armas y los objetos de adorno personal.

La incineración es el último ritual funerario ampliamente difundido por Europa durante la Prehistoria. Su práctica convivirá con gran éxito en época romana junto a otras formas de enterramiento, para desaparecer progresivamente ante el retorno de la inhumación, promovida esta vez por el Cristianismo triunfante, al que, debido a sus creencias en una futura resurrección de los cuerpos, repugnaba la reducción a cenizas y la desaparición completa de los mismos.